

— ¡Oigh! ¡Oigh! exclamó el montañés. Pero, ¿por qué quisierais batiros contra nuestro gefe, que es de un rango muy superior al vuestro, aunque fuerais el herrero mejor que haya trabajado por concurso del aire y el fuego?

— Oídme, dijo Enrique, me pareceis un buen muchacho, y os diré la verdad. Vuestro señor me ha ultrajado, y yo le doy de buena voluntad esta armadura, por lograr la suerte de combatirle.

— Si os ha ultrajado debe un encuentro, dijo el guardia de corps montañés. Un ultraje cometido contra un hombre trastorna la pluma del águila que tiene la gorra del gefe. Aunque fuera el gefe de todas nuestras montañas, — y esto mismo es Eachin, — debe combatir al que ha ultrajado so pena de perder una rosa de su guirnalda.

— ¿Le invitareis á que lo haga al día siguiente despues del domingo?

— Haré lo que pueda, si los halcones no se ocupan en roer mis huesos. Porque conviene sepais, compañero, que el clan de Chattan tiene unas uñas que se clavan profundamente.

— Yo doy esta armadura con esta condicion á vuestro gefe. Pero le avergonzaré delante del rey y de toda la corte si se niega á pagarme el precio convenido.

— ¡No tengais cuidado alguno! yo mismo le llevaré al combate, estad bien seguro en esto.

— Me dareis mucho gusto en ello; y para que os acordeis de esa promesa, os hago presente de este dirk\*. ¡Miradle bien! si le tomáis con firmeza y tirais el golpe á vuestro enemigo entre lo bajo del casco y lo alto de la gola, no necesitará llamar al cirujano.

El montañés prodigó gracias á Smith y se retiró.

— Hele dado la mejor cota de malla que tengo fabricada en mi vida, decia el armero en su interior, casi arrepentido de su liberalidad, por lograr la suerte de que le haga su gefe el favor de batirse conmigo; y entonces que sea Catalina del que la gane á este juego. Pero me recelo mucho de que el joven gefe no tenga algun pretexto para excusarse de ello, á

\* Nombre que se da al puñal montañés.



menos que él no tenga bastante fortuna el domingo de Ramos de modo que se halle en estado de intentar otro combate. Hay con todo esa alguna esperanza, porque yo he visto algunas veces que un novicio, muy enano antes de sacar la espada la primera vez, vino luego á ser un matagigantes.

Así fué como Smith, con muy poca esperanza, pero armado de la mas firme resolución, esperó el instante que debía decidir de su destino. Sus presentimientos mas incómodos procedían del silencio de Glover y de su hija. — Tienen vergüenza de confesarme la verdad, decía él para consigo, por eso guardan tanto silencio.

El viernes al medio dia llegaron los dos pequeños cuerpos, representantes de los clanes enemigos, á su respectivo destino, donde debían hacer alto y tomar algun refresco. Los campeones del clan de Quhele se hospedaron en la rica abadía de Seone, en tanto que regalaba el preboste á sus rivales en el castillo de Kinfauns. Se puso todo el cuidado posible en tratar á los dos partidos con iguales aten-

ciones, y de no dar al uno ni al otro el menor motivo de quejarse alegando parcialidad. En este medio tiempo se discutieron todos los artículos de la etiqueta, y quedaron arreglados entre el condestable Errol y el joven conde de Crawford, el primero por la parte del clan de Chattan y el segundo por la de Quhele. Enviábanse sin cesar mensajeros de un lado á otro; y en treinta horas tuvieron mas de seis entrevistas, antes de arreglarse todo el ceremonial del combate.

Por una parte, para impedir renacieran las antiguas querellas, de las que aun existían bastantes reliquias, entre los paisanos y los montañeses sus vecinos, se prohibió á los ciudadanos por medio de una proclama, el acercarse con media milla al sitio donde se alojaban los representantes de los dos clanes, y á los futuros combatientes el entrar en Perth sin un permiso especial. Formóse un cordon de tropa con el intento de llevar á cabo y ejecutar esta medida, obedeciendo con tal rigor á la consigna que el mismo Simon Glover con ser un paisano y un vecino de Perth, no pudo lograr entrar en



la ciudad, porque habia llegado á ella con los campeones de Eachin Mac-Ian; y porque traia puesto el plaid bien conocido de este clan. Este obstáculo imprevisto impidió á Simon el ir á buscar á Smith, y el darle parte de cuanto le habia sucedido desde que se separaron, comunicacion que hubiera producido el desenlace de nuestra historia, caso de haber podido realizarse.

El sábado por la tarde ocurrió un suceso, en que la ciudad tomó tanta parte como en el combate tan próximo. Era la entrada del conde de Douglas á la cabeza de solos treinta ginetes, pero todos caballeros y gentiles hombres del primer rango. Seguian los ojos de todos á este par temible, como se sigue mirando al águila que vuela entre las nubes, sin saber hácia qué punto se dirigirá el pájaro de Júpiter; pero con el silencio de la mas formal atencion, como si fuera posible adivinar el intento que se propone en recorrer el firmamento. Atravesó despacio el conde la ciudad, y salió de ella por la puerta del Norte. Apeóse despues en el convento de Dominicos, y di-

jo queria ver al duque de Albany. Se le llevó inmediatamente á su presencia. El duque le recibió como un hombre que deseaba ser gracioso y conciliador, pero que conocia el arte y que no podia ocultar la inquietud. Pasados los primeros cumplimientos, dijo el conde con gravedad: — Os traigo malas nuevas, milor, el sobrino de Vuestra Alteza, el duque de Rothsay murió; todo anuncia que ha perecido víctima de criminales maniobras.

— ¡Maniobras! repitió el duque todo confuso — ¿Qué maniobras? ¿Quién ha tenido atrevimiento á maniobrar contra el heredero de la corona de Escocia?

— No es á mí á quien toca el explicarlo, dijo Douglas, pero se dice haber sido muerta el águila con una flecha, armada de plumas que se sacaron de sus mismas alas, y que la encina se ha rajado con una cuña de su propia madera.

— Conde de Douglas, dijo el duque de Albany, yo no me meto en adivinar enigmas.

— Ni yo en proponerlas, respondió Douglas con altivez. Vuestra Alteza encontrará en es-



tos papeles, detalles muy dignos de leerse. Yo voy á dar un paseo por media hora en el jardín del claustro y despues nos volveremos á ver porque yo vendré aquí.

— ¿No ireis á ver al rey, milor? dijo Albany.

— No, respondió Douglas; presumo que Vuestra Alteza pensará como yo, en cuanto á ocultar á nuestro soberano esta gran calamidad de familia hasta la conclusion del asunto de mañana.

— Consiento en ello gustoso, dijo Albany; si supiera el rey esta pérdida, no le seria posible presenciár el combate; si Su Magestad no asiste á él en persona, es probable rehusen estas gentes el batirse, y que se perdiera cuanto hemos trabajado; pero sentaos, hacedme este favor, milor, en tanto que voy á leer estos detalles afflictivos con respecto al pobre Rothsay.

Examinó las piezas que acababa de darle el conde, echando una ojeada sobre las unas, y leyendo las otras con tal atencion como si su contenido fuese para él de la mas alta importancia. Habiendo pasado en esto como un cuar-

to de hora, levantó los ojos y dijo con gravedad: — Es un consuelo, milor, el no hallar en estas piezas fatales nada capaz de hacer que renazcan las divisiones que hubo en el consejo del rey, y que se han desterrado por el arreglo solemne hecho por Vuestra Señoría y por mí. En razon de este arreglo, mi desgraciado sobrino debia estar separado de los negocios públicos hasta que hubiese madurado el tiempo su juicio. El destino acaba de disponer de él, y al prevenir los medios que debiamos haber tomado, él los ha hecho inútiles.

— Si Vuestra Alteza, replicó el conde, no ve nada capaz de turbar la buena inteligencia que la tranquilidad y seguridad de la Escocia exigen mantengamos entre nosotros, no soy yo tan poco amigo de mi patria para mirarlo muy de cerca.

— Os comprendo, milor, dijo Albany con viveza. Os habeis imaginado con algo de ligereza que yo me daria por ofendido sobre haber ejercido Vuestra Señoría sus poderes de lugarteniente general del reino, castigando á estos detestables asesinos en mi posesion de Falk-



land. Creed lo contrario, que os agradezco el haberme dispensado de ordenar un suplicio, que no habria podido ver sin que mi corazon se resintiese. Sin duda que hará el parlamento de Escocia un informe acerca de este sacrilegio, y me tengo por dichoso en que la espada de la venganza haya armado la mano de un hombre tan importante como Vuestra Señoría. Nuestras comunicaciones con respecto á esta materia, no propendian, como debeis acordaros, sino á tener retirado á mi desgraciado sobrino, hasta que uno ó dos años le hubieran hecho adquirir mas discrecion.

— Este era el proyecto de Vuestra Alteza segun lo que me ha participado en ello, dijo el conde; yo puedo afirmar con toda seguridad de conciencia.

— ¡Y bien! noble conde, contestó Albany, no se nos puede culpar de que unos malvados parezcan haber dado un desenlace sangriento, á lo que de parte nuestra no era mas que un proyecto honrado, y esto por satisfacer su venganza particular.

— El parlamento juzgará de ello con arreglo

á su sabiduría, dijo Douglas. En cuanto á mi mi conciencia me da por libre.

— Y la mia tambien me absuelve, añadió el duque en tono solemne. Y por ahora, milor, ¿qué diremos con respecto á la custodia del joven Jacobo \*, quien viene siendo el sucesor presuntivo de su padre?

— El rey debe resolver sobre la materia, respondió Douglas impaciente ya con esta conferencia. Consentiré se fije su residencia donde se quiera, con tal que no sea en Stirling, en Doune, ni en Falkland.

Al decir esto, se retiró bruscamente.

— Hele ahí, ya se marchó, dijo entre dientes el astucioso Albany; está precisado á ser mi aliado, y con todo se siente dispuesto á ser mi enemigo mortal. — ¡No importa! Rothsay descansa con sus padres. Jacobo puede seguirle con el tiempo, y entonces será una corona la recompensa de mis ansiedades.

\* Hijo segundo de Roberto III, hermano del infeliz duque de Rothsay y con el tiempo Jacobo I, rey de Escocia.